

Puerto de Somiedo,
Rosa FUENTES
texto y fotos

EN la falda de «prau Viet-su», el «Mirlo la piedra», la «veiga Cimera» y «El Ordial» se orienta, siempre hacia el cielo, el pueblo de Santa María del Puerto, una reliquia de los vaqueiros de alzada anclada en el puerto de Somiedo.

A los dos kilómetros de perder de vista Pola de Somiedo, la carretera comienza a despoblarse y los árboles desaparecen por completo al llegar a Santa María, donde las sombras tan sólo se recogen en el quicio de las puertas.

El aparente descanso que dan a entender los vacíos caminos de piedra, los perros tumbados al sol, el agua fresca de la «fuente de las monjas», el silencio de las «moruecas» —ruinas de las cabañas— o las esquilas de las vacas entre las rocas, desaparece bajo un horizonte repleto de hombres y mujeres, jóvenes, ancianos y niños que, de sol a sol, «andan a la hierba» en los meses de verano, meses en que los vaqueiros habitan sus casas de alta montaña.

Tradicionalmente estos pueblos viven seis meses en las aldeas altas y el resto del año en zonas más bajas. En este caso, los habitantes del pueblo de Santa María del Puerto, se desplazan al comenzar el invierno a los concejos de Belmonte de Miranda y Salas, concretamente a Pontigo, Santa Marina, Buspol, El Pevidal, Leiguardar, Carricedo y Modreiros.

La historia del vaqueiro de alzada ha dado desde siempre una imagen mítica, introvertida, austera, calificativos todos ellos que mantuvieron a los vaqueiros en el pasado al margen de la sociedad, siendo en ocasiones rechazados.

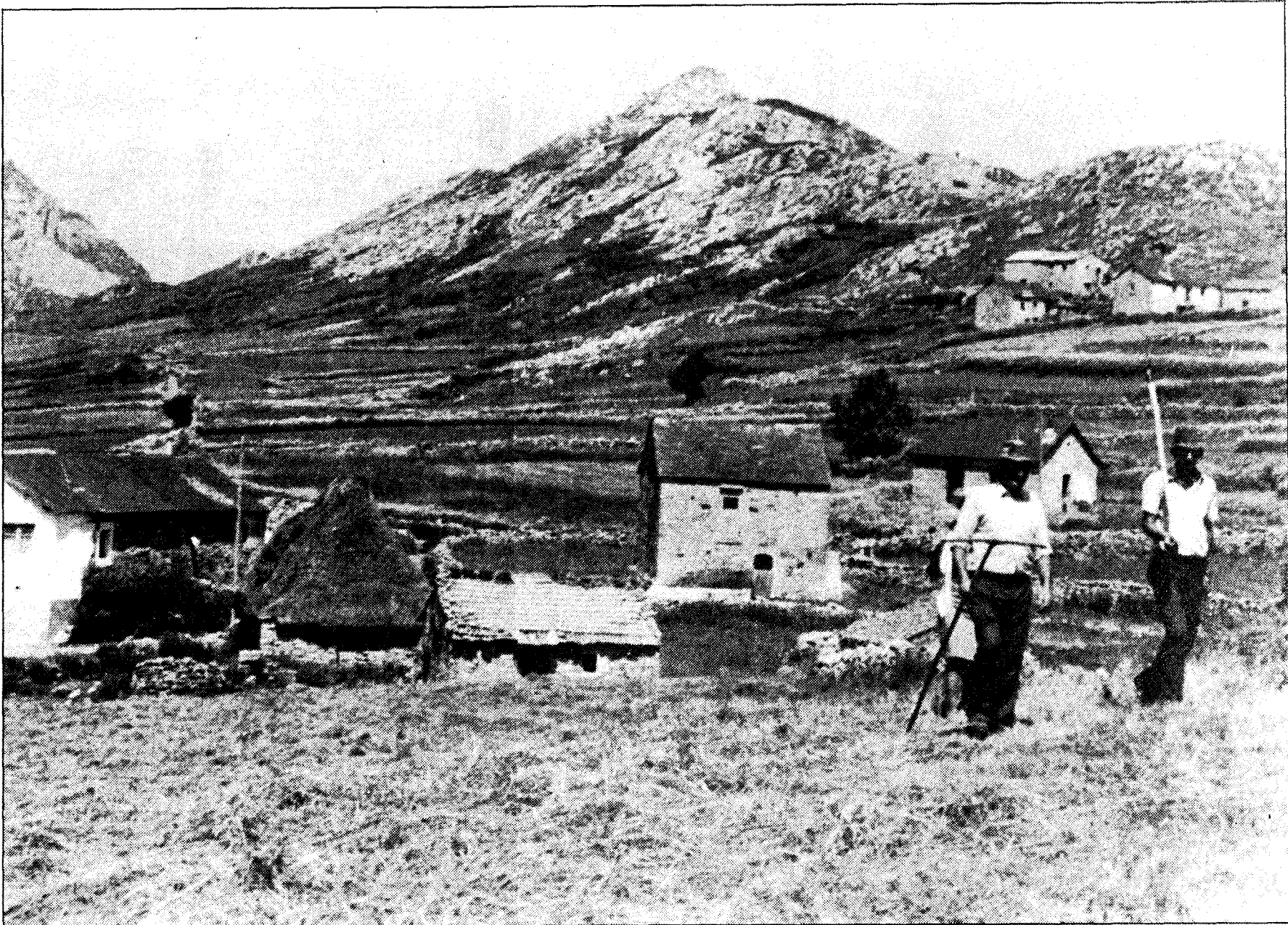
Esta imagen todavía pervive entre la gente. Hay quien piensa que los vaqueiros ya no existen, así como hay quien dice que, aun existiendo, forman un mundo aparte. Pero la propia realidad difiere de ambas opiniones, igualmente desenfocadas.

Jornada intensiva

En Santa María del Puerto, tanto hombres como mujeres comienzan a primeras horas de la mañana —unos a las seis, otros a las siete— su jornada intensiva de trabajo. Por la noche, la faena ha terminado y mientras los hombres se acercan al bar para jugar a las cartas o charlar un rato, las mujeres «hacen la fila» —reunión en alguna casa vecina—, donde posiblemente antaño se cantaban las vaqueiradas que ahora ya van perdiendo tradición: «Cuando paso por Cauneo / digo al macho delantero / que las fitas de Patricio / no son pa ningún vaqueiro». «Casa las fitas Patricio / ahora que tienen el sere / que nun son yerbas del campo / que vuelven reverdecere». «No me cantes esa copla / que no la quiero escuchar, / que una fitsa de Patricio / ya braña en retsalar».

«Somos gente normal»

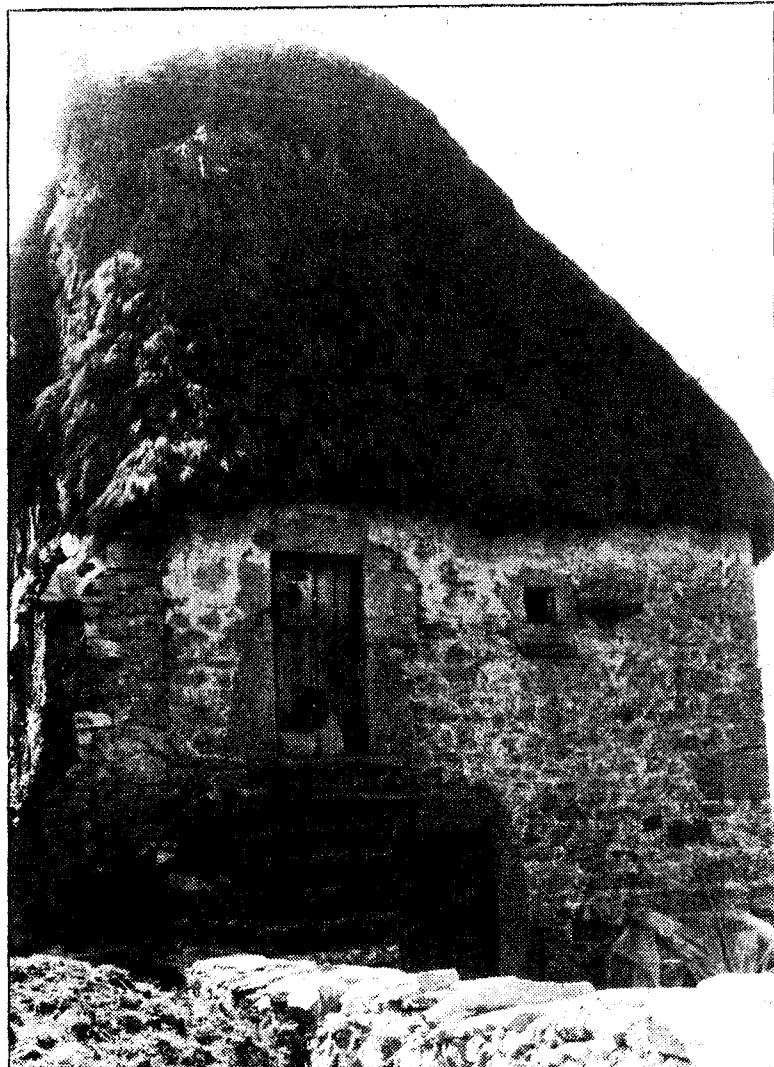
En la barra del bar «de abajo», que atiende Maite, habiana ella, pudimos hablar con un grupo de jóvenes vaqueiros quienes confesaron estar hartos «de tanta prensa y periodistas o estudiosos que vienen por aquí a meterse en nuestra vida, como si fuéramos bichos raros». «Nosotros nos consideramos gente normal con la diferencia de que pasamos la mitad de un año en un sitio y la otra mitad en otro». «Sobre nuestra vida», afirma un mozo de pelo claro y ojos azules, «se han escrito muchas mentiras y a eso no hay derecho. Tenemos nuestras tra-



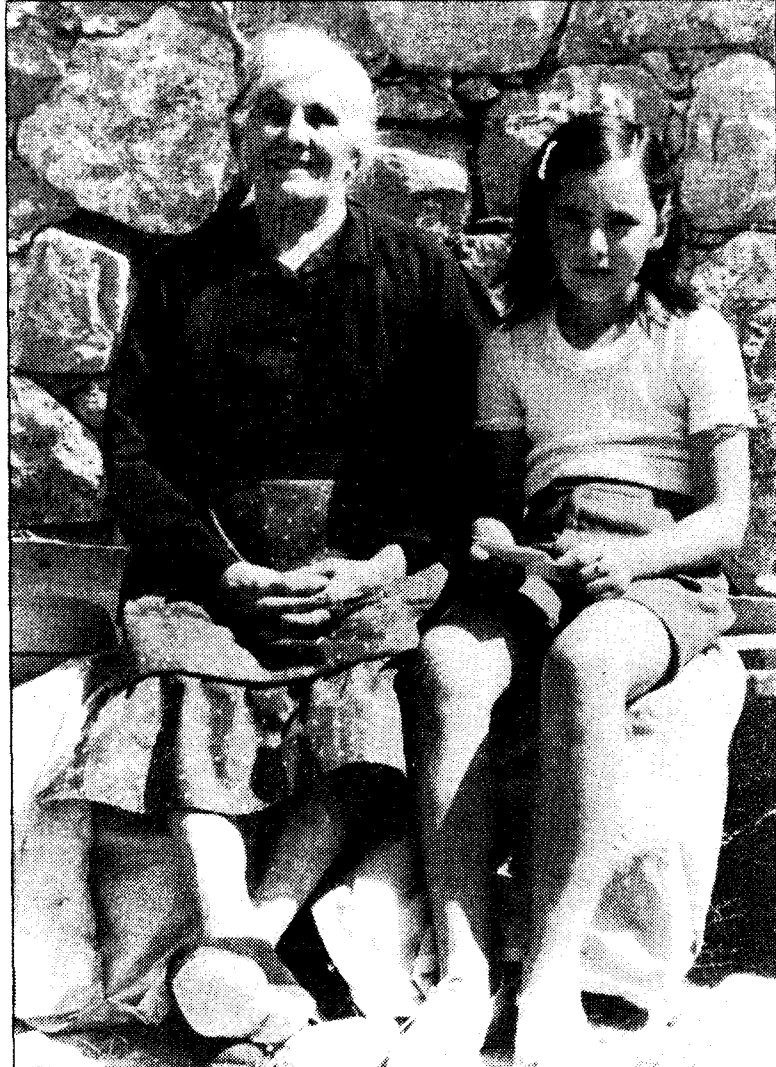
Es la época de la siega. Los vaqueiros dejan atrás las casas de Santa María del Puerto para dirigirse a los prados

«Somos gente normal y ya estamos hartos de que se metan en nuestra vida, como si fuéramos bichos raros»

Los vaqueiros, en su puerto



Una casa de «teito» en Santa María del Puerto, la «Cabana del Pastor»



Dos generaciones de vaqueiros: la abuela y la nieta

diciones como cualquier otro pueblo, sin más». ¿Qué hay de cierto en el mal del filo? «Bueno, yo recuerdo que de crío me lo hacían y que me lo sacaron unas cuantas veces pero todo aquel que sea de un pueblo, sobre todo de esta zona, alguna vez tuvo que oírlo porque se hace en muchos de ellos y sobre ello te puedo decir que como tú, ni creo ni dejo de creer».

«El mal del filo» consiste en poner los brazos en cruz de una persona, generalmente de los niños, y tomar la medida con una cuerda, medida que ha de ser la misma que la altura de una persona para que no haya problema alguno. A esta cuerda se le hacen nueve nudos y con ella atada al cuello se ha de

pasar nueve veces por encima de una hoguera, lo que recibe el nombre de «pasar el humo».

Al hablar con la mocedad se observa que todos coinciden en lo mismo: «Lo que nosotros pretendemos es integrarnos en la sociedad de la misma forma que lo hace el resto de la gente». ¿Estáis por tanto a favor de la desmitificación del pueblo vaqueiro? «Por supuesto que sí. Insistimos en que somos gente normal. Por el día trabajamos y, cuando podemos salir porque no hay tanto trabajo, vamos a las fiestas y a las discotecas a Villablino, a Belmonte o a Grado y cualquiera te puede decir que nunca tenemos problemas con la gente». Maite, la encargada del bar, nos corrobora estas afirmaciones: «Son unas perso-

nas muy agradables. A mí siempre me habían dicho que era una gente muy cerrada y muy suya y ahora que los conozco puedo decir todo lo contrario. Se abren mucho al resto de la gente y yo, personalmente, me siento muy a gusto de estar entre ellos».

Y efectivamente, la conversación con los jóvenes se va enizando de forma muy amena, aunque de vez en cuando uno de ellos mira el reloj y bosteza, «porque mañana es día de hierba y hay que levantarse temprano».

Sobre la vida trashumante que llevan, los jóvenes vaqueiros afirman que se sienten de los dos sitios en los que están durante el año, pero a la hora de escoger un lugar de proceden-

cia, todos piensan en Santa María. «Depende de donde estás», dice Ovidio, que ahora está haciendo la mili en Palma de Mallorca, «si te preguntan por el invierno y estás en Buspol, dices que eres de Buspol y si te preguntan por el verano que es cuando estamos en el puerto, dices que eres de aquí, pero yo creo que sentir de verdad nos sentimos siempre de aquí».

Pueblo solidario

La solidaridad es una de las principales características que definen al vaqueiro, junto con el sentido práctico que le dan a todas las cosas. Reflejo de esta solidaridad es el hecho de que, cuando parte de ellos van a subir al puerto, baja uno de cada casa para ayudarlos.

Actualmente son labores que no requieren un mayor esfuerzo porque el desarrollo de las comunicaciones y transportes ha facilitado la tarea, pero hace unos años, cuando tenían que trasladarse con todas sus pertenencias a pie a lo largo de cuarenta o cincuenta kilómetros, «generalmente tardábamos un día y medio».

En la parte alta del pueblo, «desde donde se controla todo», vive Dolores, una mujer de ochenta y cuatro años que de niña se cayó del caballo al que iba atada mientras subía con su familia para el puerto y que, por ese motivo, pasó la noche en el monte porque nadie se dio cuenta de su falta. «Uf, yo no me acuerdo de nada, porque era muy pequeñina, yo sólo lo sé porque me lo contaron», dice Dolores mirando hacia el suelo con unos ojos claros que lagrimean constantemente. Según su hija, la caída fue en un lugar que se llama «el Descanso de los Bueyes» y «por la mañana cuando la encontraron, tras rezar la oración a San Antonio», comenta su vecina María, «Dolores decía que había pasado la noche con los ángeles como guardianes».

A Dolores le entra una fuerte tos por las mañanas, «y eso que protesta porque yo fumo mucho, pero la que tose más es ella», añade su marido, y por eso nos dice que en Buspol vive mejor que en Santa María «porque aquí el clima es muy fuerte». Y es que a esta altura las nieves del invierno hacen que la primavera tenga un brote exagerado.

Algo de superstición

Hace poco tiempo que murió «la bruxa», una mujer que vivía en Santa María del Puerto y que era respetada, a la vez que rechazada y temida por todos los vecinos, de la cual evitan hablar. «La bruxa echaba el mal del ojo», mal del que algunos vaqueiros se protegen llevando siempre encima algún colgante, pendiente o anillo en metálico, aunque esta costumbre se advierte más en los ancianos que en los jóvenes.

Y así ocurre con el resto de las costumbres vaqueiras: unos contemplan, otros las recuerdan, algunos las practican y otros las enmiendan, pero siendo conscientes siempre de que en algún tiempo han formado parte de ellas sin que por ello su vida deba limitarse ahora simplemente a mantenerlas.